

controversista, no podría darse obra mas útil y recomendable que la suya. A pesar de estos defectos, Baronio tuvo la suerte propia de los grandes escritores: se atrajo muchos censores y enemigos, pero tambien muchos mas admiradores, defensores, traductores y compiladores. Uno de los primeros que escribieron contra el erudito cardenal, fue Isaac Causobono, quien escitó un gran número de escritores heterodoxos y católicos, que procuraron á su manera confutar ó corregir los anales baronianos. Distinguióse entre estos últimos el padre Antonio Pagi, franciscano, que recorriendo uno por uno los años que describió Baronio, rectificó infinitos lugares, así en la parte cronológica, como en el modo de referir los hechos. A la manera que el grande Eusebio de Cesaréa tuvo tres ilustres continuadores de su historia de los tres primeros siglos, así tambien Baronio fue continuado por tres célebres historiadores, á saber, Enrique Spondano, obispo de Pamiers; Abraham Bzovio, dominicano polaco, y el italiano Oderico Rinaldi, sacerdote del oratorio de Roma. Finalmente, hácia la mitad del siglo décimo-octavo, el arzobispo de Luca, Domingo Mansi, tan benemérito en toda clase de erudicion sagrada, publicó de nuevo los anales de Baronio; los que con las observaciones del mismo Mansi,

con la continuacion del Rinaldi y con la crítica de Pagi, presentaron un cuerpo completo de historia eclesiástica hasta cerca del fin del siglo décimo-sesto.

A fines del diez y siete y principios del diez y ocho, Natal Alejandro, de la orden de predicadores, célebre por varios escritos teológicos, quiso unir al uso de la teología la historia, y la escribió en la forma mas adaptada á su gusto y á su propósito, insertando en ella varias disertaciones históricas, cronológicas, críticas y dogmáticas, principiando desde la creacion del mundo hasta el año 1600 de la era vulgar. Continuóse despues esta obra, dividida en nueve tomos en fóllo, formando otros dos volúmenes que comprenden desde el 1600 hasta el fin del siglo diez y ocho. La brevedad y restriccion, precisas para dar lugar á tantas materias, no dejaron campo al sábio dominico para discutir algunas de ellas con toda la diligencia conveniente; por lo que insinuando en la narracion solamente los hechos, ó recordándolos, ó señalando las fuentes donde los curiosos pudiesen instruirse, reserva para sus disertaciones el exámen mas diligente y profundo. Y aunque no deben abrazarse á ciegas todas sus decisiones, pues no puede eximirse de toda sospecha un apelante de la bula *Unigenitus*, y un

escritor que vió censuradas algunas obras suyas por la inquisición de Roma en 1684, con todo, la historia de Natal Alejandro ha merecido el aprecio de los historiadores, de los críticos y de los teólogos.

Por el mismo tiempo que Alejandro, aunque procediendo de diferentes principios y con gusto muy distinto, escribió la historia de la Iglesia Luis Sebastian Le-Nain de Tillemont; y si bien su *Historia de los Emperadores romanos*, y sus *Memorias para servir á la historia de la Iglesia de los seis primeros siglos*, no le constituyen un perfecto historiador eclesiástico, es no obstante, sin contradicción alguna, otro de los mas beneméritos escritores de la historia eclesiástica. Disponía sus memorias, bajo los diversos títulos de vidas de Santos, de autores, de Emperadores, de persecuciones y de heregías, leyendo los escritores sagrados y profanos, antiguos y modernos, y entresacando de sus libros todo lo que pertenecía á las personas y á los hechos, de suerte que su narración no es otra cosa que un tegido de varios retazos de autores y monumentos traducidos al francés. En el cuerpo de la obra no se advierte otra cosa propia del autor más que algunas breves reflexiones, metidas entre dos notas tipográficas, y dirigidas á conciliar los puntos que

parecieran contradecirse, á unir los diferentes pasages tomados de diversos autores, y á instruir y edificar al lector en pocas palabras. Añade tambien al fin de cada libro algunas notas para aclarar otras dificultades de historia y cronología, remitiendo á ellas al lector en el cuerpo de la obra.

Mientras que Marcos Battaglini, obispo de Cesena, escribía, á instancias del beato cardenal Gregorio Barbarigo, los anales del sacerdocio y del imperio; que el benedictino Banduri recopilaba útiles memorias para la historia eclesiástica, ilustrando las antigüedades de Constantinopla; que monseñor Bianchini componía sus observaciones críticas sobre las vidas de los romanos Pontífices; que los cuatro cardenales, Noris, Gotti, Tommasini y Cozza, y el abate Bacchini redactaban las historias de algunos puntos ó iglesias particulares, y disertaciones doctísimas pertenecientes á los estudios de la religion; mientras que en Italia se publicaban todas estas obras apreciables, en Francia, despues de haber dado á luz Mr. Godeau, obispo de Veuze, su historia eclesiástica, que no comprende mas que hasta el siglo nono, se vió tratado este asunto importantísimo por otros tres escritores célebres, á saber; Choisy, Fleury y Racine. El primero, proponiéndose

quitar de la historia del cristianismo toda erudición supérflua, y presentarla de tal modo que pudiese leerse toda seguidamente sin necesidad de recurrir á otros estudios para examinar lo dudoso, ni de buscar en otra parte lo que no se puede entender por sola la narracion; recarga sobradamente su historia de noticias profanas; describe á menudo rasgos y hechos chistosos que no convienen á una obra tan seria; amalgama las intrigas del mundo y de los gabinetes con las austeridades del claustro y del desierto, y las galanterías de los Reyes con las virtudes de los religiosos; en una palabra, no habiéndose formado Choisy una justa idea del argumento que trataba, escribió una historia eclesiástica poco instructiva y menos edificante; por lo que fue poco apreciada de los doctos y no muy leida de los semisábios para quienes la habia redactado.

El segundo, esto es, el abate Claudio Fleury, tuvo por el contrario la suerte de atraerse los aplausos de todo género de personas. Son ya bastante conocidos los juicios que formaron de su historia MM. Lenglet, Fontaines y Longuerue, aunque en algunos puntos discordan entre sí. Pero examinada posteriormente con toda madurez y reflexion la obra de este sábio francés, se le han notado justamente algunos errores y faltas de

exactitud é imparcialidad, como puede verse demostrado en el prólogo de la historia del cardenal Orsi, y en la crítica sobre la de Fleury que escribió el doctor Marcheti; llegando algunos de estos errores y defectos á tal punto, que Mably proponia el estudio de los discursos de su historia eclesiástica á los polacos para que el clero de Polonia se prestase á las innovaciones y reforma, y Voltaire dijo que Fleury habia escrito, no tanto como jansenista, sino como filósofo. Mas fuera de estos lunares, la historia eclesiástica de Fleury merece justamente la aceptacion universal por la eleccion y orden de las materias, y por la elocuente y persuasiva sencillez del lenguaje; añadiéndose á estas apreciables cualidades el haber abrazado un período de tiempo mas largo que todos los historiadores precedentes; pues los anales griegos describen tan solo los seis primeros siglos de la Iglesia; Nicéforo llega al décimo-cuarto; los Centuriadores al décimo-tercero; Godeau al nono; Baronio al duodécimo, y Fleury refiere los hechos de una parte del décimo-quineto. Su continuador Claudio Fabre, del oratorio, fue menos feliz en su obra; porque reasumiendo la historia de Fleury desde el año 1414, y conduciéndola hasta el 1595, quiso estenderse tanto, que se hizo insoportable sin poseer las cualidades

necesarias de eleccion en las materias, maduréz en el juicio, igualdad, orden y elegancia en el estilo.

Buenaventura Racine, siguiendo comunmente á Fleury, y compendiando su historia, describió los sucesos eclesiásticos en quince volúmenes. Se le ha acusado de sobradamente difuso en los dos últimos; de adicto á los jansenistas; de enemigo de los jesuitas, y de opuesto á la córte de Roma. Su estilo, aunque no siempre igual, tiene muchas gracias, siendo éstas en él como hereditarias, segun dice el abate Andrés en su libro cuarto del *Orígen, progresos y estado actual de la literatura*, aunque esta herencia no le pertenecia por su sangre, sino por la accidental conformidad de su nombre con el de los dos Racine, Juan y Luis, padre é hijo.

Hácia la mitad del siglo diez y ocho, el cardenal José Agustin Orsi, dominico, comenzó á publicar en Italia su historia eclesiástica, que en veintiun volúmenes solamente comprende siete siglos. Quiso sin duda que tuviésemos un cuerpo de historia que oponer á la de Fleury, en la que no se encontrase defecto alguno que reprender. En efecto, el cardenal Orsi supo abrazar las máximas y doctrina mas conforme al espíritu de la Iglesia católica, y mas adaptada á la gerarquía

eclesiástica; su crítica en la eleccion de los hechos, y su exactitud en la narracion, son de todo punto superiores á las de Fleury; y únicamente queda que desear en la obra de este sábio cardinal que hubiese llegado hasta nuestros tiempos. Su estilo, aunque elegante y culto en el language, se resiente de sobrada verbosidad. El padre Becchetti, tambien dominico, continuó la obra de su ilustre hermano desde el fin del siglo séptimo hasta el del décimo-cuarto, á cuya continuacion añadió en cuerpo separado la relacion de los sucesos de los cuatro últimos siglos, formando al todo una historia completa de la Iglesia hasta sus dias.

En este mismo tiempo, el abate Antonio Enrique de Berault-Bescastel, cura de Omerville en el Vexin, y despues canónigo de Noyón, aprovechándose de los grandes modelos que le precedieron, especialmente de las obras de Baronio, Tillemont, Natal Alejandro, Godeau, Fleury, Racine, Orsi y Becchetti, sin amontonar superfluamente muchos hechos de una misma especie, supo escoger los mas adecuados y oportunos para manifestar é inculcar las sólidas verdades de la religion, y formar el corazon y las costumbres: procuró ceñir la narracion dentro de sus justos límites; rescindió toda superfluidad; aclaró algunos acontecimientos, y separó juiciosamente

lo sagrado de lo profano : tal fue su intento al emprender la nueva historia de la Iglesia que comenzó á publicar en 1778, y á nuestro juicio lo llenó completamente. Aunque tomó en su mayor parte las noticias de los escritores antes nombrados, y principalmente de la obra de Fleury cuya letra transcribe algunas veces, segun él mismo dice en su introduccion, sin embargo, profundiza mas algunas materias ; añade algun hecho ó circunstancia que los otros no observaron ; ordena las cosas ; da mayor claridad á los principales acontecimientos, y merece de este modo la gloria de haber adelantado la perfeccion de la historia eclesiástica. La correccion de su estilo, la pureza del language y el nervio de su elocuencia corresponden enteramente á la grandeza y santidad del asunto. Finalmente, considerada la sustancia de las cosas que trata ; la hábil distribucion de las noticias ; el orden y regularidad de la narracion ; el interés que escita al leerla, y sobre todo la estension de los tiempos que abraza desde el establecimiento de la Iglesia hasta la muerte de Clemente XI en 1721, se puede mirar la obra de Bercastel como una de las mejores historias eclesiásticas, cuyo mérito consta por el aprecio que en todas partes ha gozado desde su publicacion, y por las diferentes ediciones y versiones que se han formado de ella.

El mérito mismo de la obra del canónigo de Noyón, hizo desear que fuese continuada hasta nuestros dias por un hábil escritor que, imitando el juicio, imparcialidad y demás cualidades eminentes que adornaron á Bercastel, nos diese un exacto conocimiento de los grandes sucesos ocurridos en todo el siglo diez y ocho y en los principios del diez y nueve. Pero no era fácil encontrar un hombre que se atreviese á poner su mano á tan vasta y difícil empresa. El carácter de los tiempos y acontecimientos desalentaban á los mas esforzados. Sin embargo, formáronse algunas continuaciones de la historia de Berault, que si no llegaron á igualar la perfeccion de este sábio autor, se acercaron mucho á ella y la imitaron en cuanto les fue posible. Entre ellas se publicó en 1801, bajo el nombre de un eclesiástico veneciano, la mas completa que hasta ahora se ha dado á luz, en la que se comprende el largo período trascurrido desde la muerte de Clemente XI hasta la eleccion de Pio VII, ó sea desde 1721 hasta 1800. Formó tambien otra continuacion de la historia de Berault el sábio abate D. Lorenzo Hervás y Panduro ; mas los trabajos de este dignísimo español no han visto aun la luz pública, y lo que todavia es mas sensible, se han estraviado en gran parte sus manuscritos. A mas de estas dos continuaciones, se han

escrito algunas historias parciales, ó memorias para servir á la historia eclesiástica del siglo diez y ocho, entre las que merecen sin duda la preferencia las que imprimió traducidas del francés el erudito canónigo de Gerona D. Vicente Jimenez. Sobre estos monumentos, pues, emprendemos describir la Continuacion de la Historia de Bercastel desde 1721 hasta 1830.

Sabido es, y se ha observado repetidas veces, que la historia de los primeros siglos de la Iglesia generalmente es mas conocida que la de las épocas mas recientes; y el historiador que refiere los hechos de los tiempos antiguos, puede, sin faltar á la verdad, llamar en socorro de la misma sus propios sentimientos, dando con su celo mas realce y energía al mérito de la virtud, imprimiendo la nota de infamia al demérito del vicio, y procurando con su talento persuadir ó convencer á los lectores de la verdad que él mismo conoce, sin peligro de incurrir fácilmente en los defectos de adulacion, parcialidad, fanatismo ó falta de crítica. Pero el que escribe los hechos de los últimos tiempos, jamás debe tener por escesiva toda cautela y prevision. La verdad, es cierto, debe ser el alma de la historia, todo la debe estar subordinado; pero no es menos cierto que no todas las verdades pueden siempre decirse,

mayormente cuando hierven aun las pasiones, duran los mismos intereses, empeños y partidos, y viven aun las personas cuyos hechos se deben describir y caracterizar. Infírase de aquí la gran dificultad que presenta por parte del tiempo y de los sucesos la Continuacion de la Historia de Bercastel, cuya dificultad sube aun de punto si la continuacion ha de seguir, como es debido, el orden y norma que nos dió el mismo Berault. Porque ¿quien presumirá igualar su instruccion, su solidéz, la delicadeza de sus espresiones, el vivo interés y la belleza de su estilo? En vista de tantas y tan grandes dificultades, nadie estrañará que temblemos al principio de nuestra empresa, ni que tratemos de explicar claramente nuestra intencion y el plan que nos hemos propuesto.

En primer lugar, seguiremos la relacion de los sucesos de estos ciento y diez años por el orden de los tiempos, reuniendo solamente los que sean de una misma especie y pertenezcan á un mismo período, aunque en estos casos sea forzoso separarnos de la rigurosa sucesion de dias y años, para evitar así toda repeticion fastidiosa. Indicaremos, no obstante, las datas fijas al esponer los breves pontificios, los edictos, manifiestos y otros documentos públicos é interesantes, que nos servirán de guia para establecer el orden cronológico.